

*Mexico por
F. Villalpando*

AVILA VALERIA
F. VILLALPANDO
1302
BOGOTÁ, COLOMBIA

En el estudio del poeta Abel Zalazar, me regaló con la maravilla de sus cuadros el pintor Gilberto Chávez...

¿Os causa extrañeza este nombre?... Recordadle con cariño, porque será muy pronto una de las más puras y altas glorias del arte mexicano, orgullo de este legendario país, cuya más íntima poesía, ha sabido trasladar magistralmente al lienzo el pincel milagroso de este taumaturgo del color.

Mis ojos salen a la luz de la vida ébrios aún de la divina claridad del arte, extasiados de belleza, como de una apoteosis arcangélica, y mi alma entera se tambalea aún de emoción, de una emoción desmesurada e intensa, como jamás la he sentido, ni aún en aquellos maravillosos festines de pompa y de fastuosidad a que me convidaran recientemente los feéricos tesoros, de ese rajah opulento del pincel que se llama, en la vulgaridad cotidiana, Hermes Anglada...

Aún más que Anglada deslumbró mis sentidos con las morbideces imperiales de su fausto y con la joyante policromía de su paleta, donde todos los tonos del iris parecen enriquecerse ha encantado mi espíritu la suavidad de matices, la ternura opaca y cordial de estos cuadros tan sencillos y tan sentidos, y de estos pasteles, casi inconcebibles por la milagrosa perfección de su técnica y por la divina poesía que les unge con los óleos santos de la inmortalidad.

Gilberto Chávez es un pintor originalísimo, sin más escuelas ni maestros que su profundo instinto y la naturaleza.

El ha querido elevar un himno de amor y de ternura a su tierra, entonando ese maravilloso poema de color, que se llama Los Volcanes, de los viejos y blancos abuelos que cantó, en estrofas de mármol y de oro, la musa de ojos de sultana y líneas griegas, tan clásica y tan moderna, de Rafael López.

Nada de efectismos deslumbrantes, de wagnerianas sinfonías de color, ni de violencias descoyuntadas de dibujo... Su técnica es natural, milagrosa de sencillez: es la técnica del sol al colorar las hojas de las buguemblias y de las aguas al labrar sus encajes de espumas en las orillas de las fuentes, o en las arideces de las rocas.

Es el pintor del aire, de las transparencias aladas, de los arcángeles del silencio y de la meditación.

Si es cierto que cada paisaje tiene un alma que lo vivifica, alma a la que sólo ciertos elegidos, los puros de corazón de la biblia, pueden sorprender, los ojos de este artista no sólo han acariciado a esa alma múltiple y eterna, en sus instantes de adoración íntima, sino que han sabido trasladarla al lienzo, en toda su integridad, con un fervor panteísta y una unción religiosa tan profundos que hacen soñar con los deliquios sobrehumanos de el Beato Angélico o los transportes gentilicios de Sandro Botticelli.

Todos los sueños, todas las idealidades y todos los éxtasis con que el fervor de los primitivos coronan sus figuras irreales, esparce, a manos llenas Chávez, como un resplandor místico, como una guirnalda de glorificación cristiana, sobre la ubérrima y pagana realidad de sus paisajes, como si quisiera idealizar a la propia naturaleza, espiritualizando hasta sus vísceras más ocultas. No parece sino que más que con los ojos y con las manos, pinta con el alma, dejando parte de la misma en los colores de sus lienzos. Tan emotivo es su arte.

En su paleta predomina el verde un verde único, especial, incomprensible y extraño, para el que no haya serenado sus ojos, aterciopelándolos en la contemplación de los paradisíacos paisajes mexicanos.

No es el verde fastuoso y ornamental, propio de los terciopelos antiguos, que es como la obsesión voluptuosa del Verones, ni ese otro ver

de claro, casi transparentes de los cristalinos paisajes japoneses, ni el verdor herrumbroso, leproso de manchones violáceos, que melancoliza los misteriosos jardines de Rusiñol... Es un verde blanco, como un reflejo de esmeraldas esmaltado en un espejo de plata, blanco humeante de oro al sol, y líquido de cristal, a la sombra...

Y dentro de este tono único, una sinfonía espléndida de matices, suaves y melódica, como un quinteto italiano, que va desde el verde acuático de la hoja del lirio silvestre, hasta el jade difuso y empurpurado de la hoja que empieza a agostarse...

Verde que pudiéramos llamar verde mexicano, porque sólo se da en estos paisajes...

Sus paisajes tienen algo de la poesía de la poesía misteriosa y honda que ennoblece las aguas muertas de las lagunas de Raurich, y los atormentados y moribundos crepúsculos de Mr. y algo tan personal, tan antiguo que para buscarle término de comparación, hay que remontarse a gracia ingénua de los retablos del Patinir, a la armonía suprema de los fondos de Leonardo y al encanto voluptuoso y gentilicio de aquellos divinos jardines que sueñan detrás de los floridos ventanales del Tiziano.

Y si son bellos sus paisajes, sus retratos les superan en emoción, pues este brujo sabe lo mismo escamotear el alma que vivifica las cosas que el espíritu que alienta los seres. Contemplad La Abuelita, aquella Cabeza de Viejo, digna de Rivera, y sobre todo su Beethoven, cuyos ojos y cuya frente dicen más del arte maravilloso y del alma tempestuosa del cantor de Claro de luna, que todos los cientos de volúmenes que han escrito exegetas y comentaristas.

En la moderna pintura sólo pueden compararse sus retratos con los del gran pintor portugués Columbano, en cuyo arte maravilloso parece revivir la gloriosa tradición española de Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz y Don Diego de Silva y Velázquez.

Además de estos tres retratos y un estupendo interior de la sacristía del convento de Churugusco, y los motivos de los volcanes, presenta algunos apuntes de su estado natal, de Michoacan, que para mí son lo más interesantes de todos; por el cariño con que están pintados y la intensidad con que fueron sentidos. Parecen envueltos en un velo de

grimas... Uno de ellos, el del lago
cerrado entre rocas, reclama, se-
n la feliz expresión de Antonio
aso, una balada de Góethe como co-
entario...

En toda esta obra se ve el sacri-
cio entero de una vida consagrada
arte, de una juventud inmolada en
s altares de la belleza más pura.
ha realizado, en la pintura, el do-
roso consejo de Nietzsche, a los es-
itores...

Ha pintado con su sangre, y por
o será comprendido y vivirá eterna-
enté, como uno de los más altos y
ros pintores de la raza...

AYUT. ALMERIA
F. VILLAS
Donde...

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPESA

Donación: A. MORENO

1304

Escritura Mejica
Jose de J.
Kunz Hornin
guiz

La hora del Tiziano... ¿No os evoca el sortilegio de este título el encanto romántico de esos maravillosos crepúsculos, opulentos en oro y fastuosos de púrpura, que desangran, en una apoteosis imperial, sobre las muertas esmeraldas de los canales venecianos?

¿No despierta, en la curiosidad estética de vuestras retinas, la lujuria panteísta de esos gloriosos mediodías, suando el padre sol, como en el viejo mito pagano, fecunda con su lluvia de oro etéreo, las verdes y armoniosas colinas de Toscana, suaves y mórbidas como el vientre impoluto y los senos impecables de la Danae clásica?...

A mi espíritu, más que esas alegorías gentilicias, le recuerda la hora suprema y única, en la que el amor se desnuda sobre los más muelles y ocultos divanes de nuestro harén interior, para regalar a los sentidos hambrientos su maravilloso festín de bellezas, mientras en el fondo húmedo del jardín, que se abre como una ensoñadora pupila de náyade tras los párpados calados de las celosías, se deshojan melancólicamente, como ofrendas de votivas, la púrpura triunfal de las rosas y la nieve sedosa y cálida de las magnolias del deseo....

Hora paradisiaca, fugitiva y perenne, del suspiro y del beso, de los estremecimientos y de los diminutivos, en que toda la vida parece eternizarse en un abrazo infinito de hiedras desbordantes de savia...

¡Bello libro que abre un parentesis de paz y de amor, perfumado de azahares, en medio de la apocalíptica catástrofe q. ensangrienta el mundo y q. aparta aunque solo sea por un instante nuestros ojos fatigados de tantas y tantas desolaciones, de la roja tragedia de los cuervos que se disputan la presa en los campos de batalla, para fijarlo en el blanco idilio de las palomas que se arrullan en la soledad epitalámica de los naranjos floridos!...

Nuestro agradecimiento más profundo por el noble y alto espíritu del poeta, que nos ofrece esta copa de agua fresca y pura, tallada en el más fino y transparente cristal de bohemia, para purificar nuestros labios de las blasfemias del odio y de las impurezas del combate!

Entre los modernos escritores mexicanos se destaca nítidamente la austera y gloriosa personalidad de José J. Núñez, por su amor al detalle esencial, la elegancia suprema y la sobriedad armónica y señorial del colorido: tal el númen original y magnífico del Tiziano entre los maravillosos artistas del Renacimiento.

No busquéis en su arte, el gesto violento y rudo, la crispación dolorosa, el dibujo atormentado y el color agresivo, de los pintores españoles; ni la plasticidad pasiva, las medias tintas, el claro oscuro y la ingenuidad campestre de la escuela flamenca; ni tampoco la orgía de luz, el delirio pagano, la forma opulenta y los motivos ornamentales, casi arquitectónicos, de los venecianos y de los florentinos. Su paleta, rica en sobriedades, fija solo para la eternidad, los momentos más culminantes y bellos de la vida, los gestos más armónicos, las actitudes más escultóricas y los movimientos más gráciles, con una justeza de dibujo y una claridad de tonos que evocan la misma realidad idealizada y quintaesenciada en sus símbolos más profundos.

Todo en él es suavidad y elegancia, muelle voluptuosidad y tristeza pensativa y honda; abandono evanescente y melancolía sedosa de las almas cansadas de soñar y de los cuerpos fatigados de amar...

Rítmicamente tampoco esperéis encontrar en su poesía grandes y sonoras complicaciones orquestales: el cobre está suprimido, casi en absoluto

INSTITUTO ALFONSO

6 V. 11. 1965

Donato...

en floraciones delirantes de corolas de fábula, reflejándose en la maravilla crepuscular de ríos de misterio y lagos de encantamiento, pobladas de aves que tienen brillo de piedras preciosas, de reptiles recamados de oro y esmeraldas, de insectos resplandecientes que amodorrán con sus zumbidos de pesadillas, y de bellos y ágiles brutos, de piel listada y lustrosa, como hecha de seda, que matan caballerescamente, con sus zarpas de acero...

1305

Así, a veces, una imagen insolitamente, un pensamiento victorioso, una emoción avasalladora y rampante, os asaltarán, de súbito, hiriendo vuestra retina o desgarrando vuestra sensibilidad, en la prosa lujuriente y pródiga de estas narraciones y de estos ensayos de poemas, que poseen, todos los filtros, todos los encantos y todas las ponzoñas de las selvas calenturientas de los trópicos.

Continúe el joven escritor templando sus armas y velando sus designios para dar cima a más altas y gloriosas empresas, recto en sus propósitos y seguro de su pujanza, con el espíritu abierto a los cuatro vientos, y el corazón, como una gran copa de rubíes, desbordante de las más sinceras e ingenuas emociones...

Prosiga viviendo, con el oído pegado a la tierra mater, para sentir e interpretar las más leves y remotas palpitaciones de la Naturaleza, sordo al canto insinuante y peligroso de todas las sirenas de la aliteratura, que le reclamen para la vanidad indecorosa y el erotismo estéril de un arte vesánico y decrepito...

La gran revolución mexicana, está pidiendo, a voces, la grandilocuencia de un Víctor Hugo, la palabra apostólica de un Tolstoi o el entusiasmo llamante y viril de un Joaquín Dicenta, para que sus semillas y sus ideales fructifique en todos los corazones, lo mismo que sus selvas, su auna y su flora, esperan, para virvir la vida inmortal del verdadero arte, la plasticidad generosa e impetuosa de un Ruyard Kipling, que sepa traducir sus misterios y descifrar sus enigmas.

Estos caminos de gloria se abren ante los ojos voraces de la juventud disciplinada y fuerte del autor de este libro.

¿Cuál de ellos ha de seguir?

No lo sé. Pero tengo la absoluta seguridad, de que algún día, se ha de enorgullecer mi pluma de haber trazado estas líneas sinceras de presentación y de augurio.

re, ante la hueca vanidad de pavos reales de tantas enfatuadas vulgaridades, elevadas a la categoría de fetiches, por la acefalía de unos, por el espíritu de imitación de otros y por la cobardía intelectual de todos?

El sabe que toda regla, que toda pauta, que toda virtud, solo han sido creadas por el egoísmo del genio, para sentir, después, la divina voluptuosidad de violarlas.

Penetra a saco en todas las escuelas literarias y, con el botín de guerra, constituye, mejor dicho, acrecienta, su patrimonio artístico, marcándole siempre con el hierro candente de su propia personalidad. No es un miniaturista meticuloso y comedido de engoladas pastorales de viteras de abanico, propios para recreo de damiselas cloróticas y galancetes anémicos, ni tampoco un hábil iluminador de fotografías pornográficas, para estimular la decrepitud medular y las aberraciones genéricas de los sátiros despezuñados y de los faunos sin dientes, y, mucho menos uno de esos histriones de feria, vendedor de específicos y supercherías psicológicas, con honores de panacea universal, contra todos los males y las injusticias humanas.

Su amplitud mental y su vigor emotivo, reclaman, como Declaroix, los grandes lienzos murales, los tonos vivos y enérgicos, y los trazos firmes y sobrios, que exalten y glorifiquen, en una apoteosis suprema de luz, de color y de dibujo, las más gloriosas y trascendentales victorias de la Vida.

Hasta el dolor, en la obra de Ramírez Garrido, tiene el gesto noble y rebelde, la actitud reflexiva y augusta, que ha eternizado, sobre su roca de ensueño, el cincel vigoroso de Soares Reis, el inmortal suicida portugués, en el mármol vivo y trágico del DESTERRADO.

Nada de parques ingleses, recortados y pulidos simétricamente, a punta de tijeras, ni de jardines versallescos, con sus lagos artificiales, sus cabañas de villancico, sus amorcillos de estayola y sus fuentes aparatosas, donde hasta el fluido musical del agua, se desnatuarliza, amanerándose, surgir, entre las fauces pétreas de los tritones, en lagrimeantes monotonías de infantiles harmónicos de cristal.

Nada de artificio. Las páginas de este libro de Ramírez Garrido, como las selvas nativas de su estado de Tabasco, se desarrollan y se pierden, en lo infinito de la emoción, en enmarañamientos gigantescos de ba-

en estas fiestas melódicas. Es música "di camera", de madera y de cuerda, donde se desgranar en trémolos de suavidad y de dulzura, los más tenues matices de la emoción y las más sutiles esfumaduras del pensamiento.

Más que un estatuario, modelador de mármoles y de bronceos, es un orfebre, enamorado, hasta la hiperstesia, de los metales más nobles y de las gemas más preciosas.

Co Arfe y Becerril, cincincela, a veces, en la cazoleta de una espada, repujándoles en oro, los símbolos más humanos de la vida, y los simulacros más divinos del amor, las únicas deidades de su Olimpo. Y quizás también como aquel buen Juan de Segovia, loado en el soneto inmortal de Heredia, podrá sorprenderle, algún día, el fantasma paralizador de la muerte, labrando y esmaltando, para redimirse de sus culpas, una mística apoteosis angélica, en las asas de un cáliz sagrado, porque a sus ojos, eternos argonautas de la belleza, irradia el mismo encanto el torso desnudo de la Venus de Médicis que la eurythmia espiritual de una virgen de Botticelli.

Y esta interpretación pagana de los misterios y de las idealidades representativas, es lo que dá a sus poesías un carácter marcadamente renacentista.

Para el ansia de la perfección de este poeta, tanto los ritmos como las imágenes, las ideas como los sentimientos, han de tener un alto y puro valor estético, y aún las más frívolas trivialidades son aptas de adquirir, en determinados momentos, una clara y amplia significación de trascendentalidad comunicativa.

Por eso nada hay de inútil ni de efímero, en la frondosidad opulenta de su jardín lírico, podado de toda hojarasca verbalística, seleccionado y compuesto con el cuidado y el esmero con que un pintor escoje y prepara el fondo de sus cuadros. La misma Naturaleza aparece como perfeccionada de antemano, para que rítme y se acople, sin esfuerzo alguno con la emoción predominante. Por eso sus paisajes tienen alma, y sus crepúsculos y sus amaneceres espar en el mismo y sutil perfume de melancolía nostálgica que impregna su corazón. Saudoso de caricias perdidas para siempre y de unos bellos ojos que se que-

braron en el fracaso de su vida, como un juguete de cristal en manos de un niño, sembrando la aridez de su sendero de chispas luminosas, de reflejos de estrellitas caídas, como diamantes de un collar roto, en las profundidades obscuras y húmedas de una cisterna.

Su mismo dolor, con ser profundamente sincero, no estalla en estériles y gárrulas lamentaciones ni se caricaturiza en estertores grotescos de desesperación, sino que cae ensangrentado, sin descomponer el más leve pliegue de su túnica, con la angusta dignidad de un César, bajo los puñales plebeyos de sus asesinos, repitiendo, el verso inmortal:

“Un bel morir tutta la vita onora.”

Porque sabe que el dolor es hoy la única redención posible para los espíritus atormentados, y que no existe nada más bello que una frente pensativa inclinado para sondar el abismo de su propia desgracia.

Si “Holocaustos”, su libro anterior, fué una de las más espléndidas iniciaciones literarias, “La Hora del Tiziano”, me parece la consagración definitiva de uno de los más fuertes y personales artífices del verso castellano, libro que es como pródigo otoño, donde cristalizaron en frutos de oro y en racimos de amatistas las odorantes y profusas floraciones de aquella tropical y fabulosa primavera lírica.

Su poesía ha ganado en intensidad humana lo que ha perdido en virtud retórica, alejándose de los caminos trillados, para encaminarse a explorar los infinitos misterios de la selva virgen de su espíritu.

También como el Dante, la mano fina y trémula del amor que la guía, la mano de esa frágil y pálida Lucía que ha de adquirir bien pronto, en la literatura mexicana, el romántico prestigio de la Beatrice de la “Divina Comedia” — de los ingenuos sonetos de la “Vita Nuova”.

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

El autor de este libro no es un petulante retórico, hábil ensamador de frágiles y sonoros arabescos verbales, ni tampoco un psicólogo quintaesenciado, de esos que ven o quieren ver la Vida a través de la lente deformadora del microscopio, para descubrirnos sus más íntimas y repugnantes lacerías, tejiendo sobre ellas, en un gesto protector de enfatuada misericordia, telarañas absurdas, por lo sutiles, de las más deprimentes y estériles filosofías.

Es un hombre fuerte, sano y noble, que siente hondo, piensa alto y habla claro, y, que describiendo con su brazo una amplia parábola de sembrador, arroja, a manos llenas, sobre las páginas cálidas y fecundas de este volumen, como sobre un campo recién labrado, la sinceridad comunicativa de sus palabras y la semilla, hecha luz y ritmo, de los más redentores y fortificantes ideales.

Cada periodo insinuante y rotundo es como una almáciga profusa de ideas y de emociones, que encierra, en el misterio eclosionante de su verdor incipiente, la promesa de oro de las cosechas futuras, haciendo presentir los gérmenes, aún embrionarios, si queréis, de una alta y poderosa mentalidad, destinada a dar largos días de inmarcesibles glorias a las letras mexicanas.

El Coronel Ramírez Garrido no llega a la palestra literaria, desde las penumbras polvorientas y áridas de las bibliotecas, para trasegar, en páginas que aspiran a ser originales las ideas y los sentimientos ajenos, sino que irrumpe, victoriosamente, de los tumultuosos campos de batalla, dispuesto a defender con la incorruptibilidad de su pluma los mismos principios redentores y humanitarios que hizo triunfar con su espada.

Temperamento agresivo y bizarro de luchador infatigable, desde los albores de su adolescencia, pareció nutrirse con la misma médula heroica y la misma savia épica de leones y de águilas, con que se alimentaron todos los libertadores y todos los mártires, desde los Gracos y Espartaco hasta Bolívar y Madero.

Su razón indomable y firme, por un rasgo muy natural de orgullo humano y por un respeto muy santo a su propia integridad, rechaza enérgicamente la imposición de todo yugo. Por eso se reveló contra los dioses políticos de su tierra, como más tarde había de rebelarse también contra los dioses metafísicos de los cielos.

Y ya no pudo como Harmodio, hundir su puñal, en el seno de todas las tiranías, tuvo que conformarse con desterrarlas para siempre de su corazón, llenando el hueco que dejaran estas sombras fatídicas, con todos los tesoros de amor y con todos los panales de ternura capaces de aplacar la sed y las hambres de los humildes y de los desheredados, de los parias y de los oprimidos, de todos los que sufren y padecen los rigores y las miserias de las desarmonías sociales.

Hizo de la Justicia su Dulcinea, y, por ella acuchilló malandrines, alanceó felones, dispersó rebaños y libertó galeotos, sin soñar con más recompensa que una sonrisa o una mirada de su ideal...

Al lado de ese alto y fuerte poeta de la acción, creador de los más bellos poemas políticos que conozco, que se llama Salvador Alvarado, anduvo por las tierras feraces de México, desfaciendo entuertos y vengando agravios, destruyendo viejas ciudades de prejuicios, derrocando ídolos monstruosos, y, decapitando las más centenarias y arraigadas supersticiones, para erigir, sobre las ruinas y los escombros de un pasado de servidumbre, de ignorancia y de ignominia, edificio atrevido, purificador y portentoso de la nueva patria libre. Y este batallar constante y titánico de la política, desentumeció los músculos de su arte, dándole agilidades, ímpetus y calideces inusitadas, tonificándole, fortaleciéndole, y, exaltándole, hasta la exasperación, todas las rebeldías, vargasvilianas de que estaba medulado, anulando al escritor, en lo que este tiene de artificioso, y de supérfluo, para dar paso al hombre en el sentido más noble y sintético de la palabra.

Ser Hombre!... Este es el ideal de Ramírez Garrido, y, serlo igualmente, en la Vida y en el Arte, sin hojas de parra retóricas que oculten a la timorata hipocresía de las muchedumbres y a la envidiosa gazmoñería de los enuncos el atributo más divino del ser humano: la virilidad.

Y esta es la más consistente virtud del autor de *Ardentía Verba*.

El no castró su personalidad, para afianzar su voz, en los conciertos litúrgicos de las Capillas Sixtinas de la Decadencia.

Su acento sincero de admonición y de rebeldía desentona, como un rugido de león, en medio del coro de balidos líricos de esa juventud mutilada, que se arrebaña en todos los rediles de las modernas escuelas literarias.

Siendo un teodícida por naturaleza y por educación cómo iba a doblar sus rodillas y su dignidad de hom-

Hombre de Miedo

La revolución me

Juan

AYUT.º ALMER 1308

F. VILLAESPESA

Donación: A. MORENO

La Dinamita de la Revolución

No pueden considerarse las revoluciones, si se les examinan imparcialmente bajo el criterio amplio y sereno de las modernas orientaciones filosóficas e históricas, y no a través de los prejuicios medioevales del sectarismo y de la tradición, como apocalípticos castigos con los cuales las Divinidades coléricas, sedientas de sangre y de lágrimas, abaten la satánica soberbia de los pueblos.

Todas las revoluciones son fenómenos naturales y lógicos, que se engendran, desarrollan y estallan, siempre que en el seno de las colectividades humanas existan hondas pugnas económicas, étnicas, religiosas y culturales, que se opongan al desenvolvimiento armónico de los eternos ideales progresivos de perfeccionamiento.

Obran, en tales casos, como violentas reacciones defensivas de la propia conservación, que tienden a transformar en elementos favorables y fortificantes todos los principios adversos y nocivos, depurándolos, a veces, por el hierro y por el fuego, de la virulencia corrosiva de sus mismas ponzoñas. Su gestación es lenta y laboriosa, precisando, para su glorioso advenimiento, que el tiempo apire e ignifique todos los combustibles acumulados en largos períodos de intensa agitación espiritual y de hondo malestar económico.

Cuando lo perentorio de las circunstancias o la impaciencia de los hombres las violentan, abortan sangrientamente, dejando sólo, trás de sí, la estela estéril de los mártires, y degenerando, casi siempre, en un bárbaro y monstruoso festín de caníbales. Para el triunfo definitivo y completo de todas las grandes conmociones políticas, tienen que concurrir, necesaria y fatalmente, dos fuerzas contrarias y paralelas, que son, han sido y serán, los factores indispensables de todas las transformaciones sociales.

De estas dos fuerzas, una es dinámica; y, la constituyen las rebeldías latentes, los odios reconcentrados, y las impulsiones violentas de los desencadenados instintos populares; y la otra es estática, y la integran, la lógica incontrastable de las nuevas evoluciones filosóficas, la cultura experimental que atesoran las ciencias históricas y los modernos tratados de antropología y estadística, y más que nada, el imperativo y necesario anhelo de encauzar y refrenar el caos de los acontecimientos, para legalizar, con más sabias y justas codificaciones, el nuevo estado de cosas.

La fuerza dinámica es ciega, destructora e inconsciente, como un cataclismo de la Naturaleza. Estalla en explosiones volcánicas, y se desborda en torrentes ensordecedores y crepitantes de lava, arrasando e incinerando cuanto se opone al desenfreno triunfal de su carrera... Es un vértigo huracanado de plomo, de sangre y fuego, que incendia pueblos, arrasa ciudades, y hace que se estremezcan, en epilepsias de espanto, hasta los propios ejes de diamante de la Tierra.

A esta fuerza pertenecen los hombres de acción, los fanáticos de un ideal; todos los que padecen sed de venganza y hambre de justicia; los tribunos que con su verbo llameante y sonoro inflaman el frenesí dionisiaco de las muchedumbres, hostigando, hasta la exasperación, los más salvajes instintos que gruñen en la bestia humana, para arrastrarla a la embriaguez ancestral del saqueo, la violación y la matanza, haciéndola danzar, au-

AYUNTAMIENTO DE ALMERIA

RECEBIDA

1900

14

llando de placer, sobre los escombros humeantes de la Bastilla y sobre los despojos humanos aún convulsionados por la muerte, de la Conserjería, las delirantes Carmañolas de la Libertad; y los caudillos, que con la fascinación deslumbrante y el gesto épico e imperioso de sus espadas desnudas, azuzan a las multitudes desgredadas y enronquecidas de furor, como traillas ensordecedoras de molinos famélicos a emborracharse de sangre, de voluptuosidad y de muerte, en las fecundas y purpúreas vendimias de los campos de batalla, en un enloquecimiento apocalíptico de tempestades de cañonazos, relampaguear de aceros y clarinadas de Marsellesas triunfales.

A veces, los arrebatos fanáticos y las hiperestesias visionarias del tribuno se funden y plasman con la actividad sobrehumana y el valor indomable del caudillo, y del hierro y del fuego de estos moldes de eternidad, surge, entonces, como símbolo máximo, representativo de todas las aspiraciones heterogéneas y de los anhelos inconcretos de la masa anónima, la figura epopéyica del Héroe, providencial libertador de pueblos, imperturbable decapitador de todos los valores antiguos, y audaz violador de cimas y de vértices invulnerables a la misma osadía de las águilas imperiales.

Cuando el fanatismo impulsor y la idealidad interna, superan a las condiciones meramente físicas del valor y de la resistencia, aparece, como un lirio de fragilidad y de pureza, la mística silueta del Mártir, condenado de antemano, por las leyes inflexibles de la Naturaleza, a una estéril inmolación expiatoria ante los oscuros y misteriosos altares de ese Moloch insaciable que se llama Destino; así, como en el caso contrario, es decir, cuando los bárbaros instintos fisiológicos y todo su séquito de ambiciones y dominios terrenales, predominan sobre las generosidades altruistas y los nobles ardores del espíritu, la Humanidad contempla, estremecida de asombro y de espanto, erguirse despóticamente, sobre el pedestal que ella misma ha erigido, la escultura pavorosa y monolítica del Tirano.

ALMER

1870

LIBRERIA DE LA MANA

1310

LIBRERIA
SA
MENDOZA

Un libro de
Gutierrez Cruz

¡Lilas blancas!... Un bello título para un libro juvenil. La naciente Primavera canta la esperanza de próximas floraciones, al entreabrir la blancura de los capullos entre los verdores húmedos de las ramas... La timidez azul del alba augura ya las maravillas de oro de los mediodías futuros...

Páginas de suavidad y de tersura: embriaguez lírica del que paladea por vez primera los generosos vinos de la vida.

El Amor trina, incoherente, como un joven rui señor que se ensaya, entre las marañas abrilneas de un jardín; las fuentes balbucean ingenuas cristalizaciones, y a lo lejos, una flauta rústica, exhala una canción sencilla y pastoril, arrullando el sueño de los rebaños que aún duermen, al amparo de los rediles, custodiados por los blancos mastines de la inocencia.

Ni un lobo aulla en la lejanía, ni la pupila de una fiera fosforece en la obscuridad de las frondas...

Ansias imprecisas de vuelos, tiemblan en las alas; nostalgias de mundos desconocidos zafirán de ensueño y de encantamiento los lagos serenos de los ojos visionarios, y, a veces, como un trémulo palpar de agua entre las hierbas en flor, se advierte, el latir amedrentado de un corazón, que se extremece, al presagio de las primeras tristezas de la vida...

Literariamente: vacilaciones, confu-

12

sión, aletazos, y nébulas... El instrumento se resiste: hay poca habilidad en los dedos que juegan sobre el registro; y, acaso, demasiado fuerza en los labios que soplan en el caramillo...

Pero esta confusión, este querer y no querer del Artista, despierta nuestra simpatía; nos interesa por el esfuerzo que denota, y nos hace abrigar la esperanza de que perseverando en su labor, haciendo más ágiles los dedos y más suave el aliento, conseguirá, al fin, dominar su instrumento, haciendo surgir de él la canción esperada, una canción propia, que sea como la síntesis harmónica de los infinitos motivos musicales que esponjan ahora su alma, como los arrullos el cuello tornasolado de las tórtolas en celo...

¡Lilas Blancas!... Feliz título para el primer libro de un poeta adolescente!... Cuando caigan deshojadas esas primeras flores de sus jardines, entonces Carlos Gutiérrez Cruz, podrá plantar, junto a la fuente cristalina de su alma, los primeros rosales que han de cubrir de rosas el seno púber y palpitante de su Musa, mientras desgranán, en el blanco silencio del plenilunio, el primaveral epitalamio de sus canciones todos los ruiseñores del ensueño...

¡Poeta, ama, vive y estudia, y el porvenir será tuyo!

AYUDA ALMERIA
F. VILLALBA
Donación: A. MORENO

Hombres de Mexico
La Revolución Mexi-
cana 131

II

La Fuerza Es- tática

ALMERIA
F. VILLACORTA
Dedicacion. A MORENO

La fuerza estática es reflexiva, consciente y lógica, como un sistema filosófico o una ecuación matemática. Brota espontánea y naturalmente de las corrupciones sociales, como la gracia blanca y fragante de una azucena de las inmundicias de un pantano. Tiene la alta virtud cosmogónica de transformar y las mismas podredumbres de que se nutre en nuevos y más puros motivos vitales. Es el fruto maduro y alquitarado de largas y fecundas meditaciones y la experiencia vivificadora de múltiples espíritus de selección, que con los escombros de tanta ruina levantan nuevos y más sólidos edificios, aprovechando para construir el futuro todos los elementos útiles que dejó intactos el pasado.

No destruye sino para crear, ni demuele sino para erigir, pues está engida con la gracia vivificadora y evolutiva del Cosmos; y si a veces no evita ni previene las trágicas devastaciones de la fuerza dinámica, es porque sabe que éstas tempestades y estas sangrías que estremecen y descongestionan, y al mismo tiempo purifican y seleccionan los pueblos, son males necesarios para su progresivo desenvolvimiento.

La fuerza estática la han integrado y la integrarán siempre los hombres de pensamiento, las ansias de renovación moral y los anhelos de

perfeccionamiento espiritual, que como las antorchas de los juegos griegos, pasan, a través de todos los tiempos, de mano a mano, para conservar intacto el fuego sagrado del ideal; los filósofos que preparan las revoluciones, sembrando nuevos sueños en el corazón de los pueblos y proyectando sobre el desierto negro y árido de la vida cotidiana los consoladores espejismos de maravillosas auroras; sembradores y arquitectos de las más paradisíacas esperanzas y de las más reconfortantes utopías y los gobernantes, que con su justo y exacto sentido del orden y de la medida, refrenan y encauzan los difusos y complejos aluviones sociales, aprovechando los elementos que dejan en pie, para convertir en realidades tangibles los planos que trazaron las manos febriles de los ideólogos, o modificarlos con arreglo a las formas prácticas del momento y a las leyes ineludibles de la necesidad.

Cuando sobrenada el espíritu ideológico del filósofo sobre la actividad práctica del gobernante, aparece el sociólogo, con todos sus empirismos científicos y todos sus formulismos difusos de una higiene social impracticable, porque no responde a las múltiples y complejas necesidades de la Naturaleza humana.

Si por el contrario, prevalece la actividad práctica del gobernante sobre el espíritu ideológico del filósofo, surge entonces, sobre el amontonamiento babilónico de los códigos y de las constituciones, ese otro tipo de tirano llamado legal, más peligroso y más nocivo que el tirano instintivo, porque tiene la despiadada imperturbabilidad metafísica de la ley y la lógica brutal de una operación matemática.

Pero, a veces, también se equilibran ambos elementos; el teórico y el práctico, el arquitecto y el constructor, el que llena los surcos de gérmenes y el que recolecta la cosecha y sabe transformar el racimo de uvas en la alegría del vino y la dorada granazón de la espiga en la salud del pan; y, entonces los pueblos, por un verdadero milagro, tienen la fortuna de entregar la responsabilidad de sus destinos a las manos expertas y firmes, generadoras y renovatrices del Estadista, que

es para mí la encarnación más interesante y providencial de todos los elementos representativos que pugnan por adquirir relieves definitivos en el seno caótico de las revoluciones.

1312
El Estadista posee, en toda su máxima integridad, la virtud creadora y especulativa del filósofo, la observación general y amplia, eminentemente sintética del sociólogo, y la actividad lógica y práctica del gobernante, unido todo esto a un conocimiento minucioso y exacto de los seres y de las cosas, un sentido profundo y verdadero de la realidad actual, una interpretación clara y armónica del pasado, y una penetración honda y transcendental, casi profética, de los misterios del futuro.

No fabrica paraísos artificiales de éticas arquitecturas sobre la fragilidad espumeante de sus propias especulaciones, desde la soledad austera e impenetrable de sus cenobios ideológicos; ni construye paciente-mente, en su gabinete de estudio, con regularidad matemática, empíricos sistemas regularizadores, impracticables por carecer de realidad humana, perdiéndose en deslumbra- mientos pirotécnicos, en las nebulosidades de la abstracción y de la universalidad; ni se conforma tam- po con encauzar ordenadamente las complejas corrientes sociales hacia un estancamiento provisional y des- moralizador, en su afán práctico de atender y satisfacer las necesidades perentorias y las reparaciones in- eludibles del momento.

La misión del estadista es más amplia; su labor es más fecunda y transcendental. Con las plantas enraí- zadas en el presente, la memoria fi- ja en el pasado y la mirada atenta al porvenir, traza el plano ideal de su pueblo, modificándolo con arre- glo a la psicología particular e in- tegral de todos sus componentes; y, después, seguro de sí mismo, levan- ta el nuevo edificio social, capacitán- dolo para satisfacer no sólo las ne- cesidades actuales sino también las aspiraciones remotas del futuro.

Legisla para precaver y gobierna para dirigir; por eso, casi siempre, se enfrenta con la impopularidad y desafía, orgullosamente, las tem- pestades, consciente de la seguridad de su ruta y de la consistencia de su nave.

AYUDA AL MEDIO

RESERVA

1910

Es claro, que el verdadero estadista ha de poseer una cultura sólida y vasta, filosófica, literaria y científica, conociendo además profundamente el alma de su pueblo y las tendencias históricas y sociales de su época, y completando todo esto con las condiciones físicas y morales de resistencia, valor, tenacidad, perspicacia, pleno dominio de sí mismo y máxima voluntad.

La revolución mexicana, como todas las transformaciones sociales, ha tenido también sus tribunos, sus caudillos, sus héroes, sus mártires, sus tiranos, sus filósofos, sus gobernantes, sus sociólogos y sus estadistas.

Como personificación de estos últimos, acaso la más relevante, podemos considerar a Luis Cabrera, por haber contribuido, bajo la égida del hombre más representativo de nuestra raza en América; don Venustiano Carranza, a la consolidación de los principios revolucionarios, transformando el motín popular y la asonada militar en nobles y justos movimientos sociales, y abriendo a la esperanza nuevas orientaciones, e insospechados mirajes reudentores, que han de ser, con el tiempo, una de las más bellas y gloriosas realidades políticas del Nuevo Continente.

AYUT. ALMERIA
F. VILLAESPESA
Donación. A. MORENO

22

Hombres de México
La Revolución
Mayana
Luis Cabrera
su Personalidad
Poliforme 1313

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPEA

Dedicación: A. MORENO

I

No conozco, dentro del movimiento intelectual de Hispano América, una personalidad más proteica que la de Luis Cabrera. Para su curiosidad insaciable la Enciclopedia no tiene páginas inéditas ni la vida jardines sellados. No hay manantial científico ni artístico, ni aún el más misterioso y recatado, donde su inquietud no haya henchido, hasta el desbordamiento, su copa de Murano. Bibliotecas y Museos le son íntimamente familiares; y, conocedor de que para gobernar los pueblos es preciso estudiarlos profundamente, hasta en sus más fútiles necesidades, recorrió la Tierra, observando, comparando y resumiendo impresiones, con objeto de darse cuenta exacta de todos los problemas económicos, políticos, psicológicos, históricos, científicos y literarios en los que actualmente se debate la Humanidad; procurando extraer de ellos todas las soluciones que puedan ser asimilables a la complejidad etnológica, climatológica y financiera de un país tan diverso y contradictorio como la ubérrima tierra mexicana, donde parece que la prodigalidad infinita de los dioses ha derramado, a manos llenas, todos los dones y todas las variedades orgánicas de la Creación.

Países como éste, tan multiformes y tan caóticos, requieren, para su engrandecimiento, hombres de una cultura tan vasta y de un golpe de vista tan milagroso, que logren abarcar, en toda su desconcertante integridad, el cúmulo tan diverso de sus mil perentorias necesidades y de sus distintas y a veces refractarias aspiraciones. El más grave error de la mayoría de los políticos mexicanos, causa principal de las continuas agitaciones que desde el comienzo de su independencia ensangrientan el país, es, sin duda, haber querido gobernar a México con arreglo a las constituciones de otros países, pueblos donde la unidad nacional está remachada por los duros eslabones de la sangre, el idioma, la religión, la historia y el suelo comunes, sin tener en cuenta que la Nueva España no es una nación formada por veintinueve estados, sino veintinueve estados que constituyen una nación, sin más lazos de verdadera afinidad que el amor fanático hacia el águila, la serpiente y el nopal, que como símbolos augustos de glorias pretéritas y triunfos futuros, heraldizan con timbres de epopeya la maravilla tricolor de su bandera.

Siendo la mayor parte de estos estados no sólo tenográfica sino geográficamente distintos, necesitan leyes y constituciones también diferentes, si queremos que las constituciones y las leyes tengan realidad práctica y efectiva, y no sean sólo simples motivos ornamentales de discusiones parlamentarias y epígrafes de mayúsculas rimbombantes en los códigos y en los diarios oficiales.

Por esta misma complejidad de intereses y de razas contrarias, más que de gobernantes patriarcales y unilatrales que cumplan y hagan cumplir las leyes,—que teniendo que regirse sobre medios diversos no pueden nunca tener verdadera eficacia,—México necesita de políticos expertos, conocedores profundos de todos los elementos que constituyen el gran conglomerado nacional, que sepan interpretar, en nuevas y múltiples ordenanzas gubernamentales, la disparidad de intereses y de anhelos de los gobernados. Y para esta labor ardua y tenaz, que lenta y progresivamente ha de acabar por fundir en una sola alma de selección todas las múltiples animulas regionales, en un solo idioma sinfónico las gárrulas músicas de tantos lenguajes anacrónicos, y en un

ALMERIA

LA ESPERA

DONCELO, A. MORENO

solo anhelo victorioso y preciso tantos millones de aspiraciones discordes y confusas; para esta sobrehumana tarea se requiere del concurso y de la colaboración permanentes de hombres, que como Luis Cabrera, posean conocimientos y facultades tan múltiples como los antagónicos intereses que tienen, no sólo que defender sino también interpretar, pues gobernar a México no es solamente regir los destinos de un pueblo, sino empuñar las riendas de veintinueve estados diferentes. Hay que resucitar para ello el antiguo mito griego de los gigantes centimanos.

Y un centimano de la política es por su cultura y por su talento Luis Cabrera. Abogado sagaz y habilidoso, conocedor profundo de todos los escondrijos y recovecos de las leyes, tejedor expertísimo de todas las capciones y de todas las artimañas jurídicas con las cuales se ha ido enredando a la justicia, desde Justiniano hasta Duschenele, y como tal hondo psicólogo que ha escudriñado hasta las vísceras más recónditas del corazón humano.

Orador parlamentario de una elocuencia enredadora y asfixiante de liana tropical y de una dialéctica irrefutable y absorbente de teólogo, pródiga en todo género de sofismas y práctica en todas las celadas, en todos los asaltos y en todos los recursos de la estrategia verbal; elocuencia que orchestra la gravedad austera del pensador, la amenidad cascabelera y picante del "causeur", la abstracta delectación del conferencista y los arranques líricos y épicos del tribuno; y, por lo tanto, capaz no sólo de refutar y de convencer, sino de subyugar hasta el fanatismo. Periodista ágil y fuerte, como un esgrimidor italiano, de palabra mordaz e incisiva, capaz de corroer como un ácido los metales más resistentes; acariciante y sutil, pero desgarradora y violenta, como la zarpa de un hermoso felino; pronta siempre al sarcasmo y a la ironía; resbaladiza como un áspid y ponzoñosa como el euforbio; invencible en la defensa e irresistible en el ataque; con cascabeles de zumba y penachos caballerescos; con algo de Larra y mucho de Paul de Cassagnac; siempre que apareció armado de punta en blanco en la palestra, pudo contar sus combates por otras tantas victorias. Literato de una elegancia de estilo y de una gracia emotiva, de una sutileza espiritual y de un vigor plástico y pictórico, que ya quisieran para sí muchos consagrados, ha sabido hacer comunicativas y bellas hasta las más áridas abstracciones. Crítico

perspicaz y orgulloso, frío, paciente y desmenuzador como la propia análisis, y al mismo tiempo entusiasta, harmónico y efusivo como un discípulo de Plotino; músico por afición, humanista por su cultura, y, sobre todo eso, un hacendista excepcional que ha sabido resucitar el milagro evangélico de la multiplicación de los panes y de los peces, en estos tiempos pardos de incredulidad donde hasta las aguas maravillosas de Lourdes no tienen más importancia que los ríos de oro en que se desbordan en las prosaicas cajas fuertes de sus santos explotadores; y además un diplomático previsor y expertísimo, que en estos momentos de peligro y de ansiedad, cuando todas las fieras rampantes afilan las garras y se encogen prevenidas para el asalto devorador sobre la nuca indefensa de las futuras presas, sorteó obstáculos, desfizo entuertos ajenos, y disipó violentas tempestades que se cernían ya, como próximas amenazas, sobre los horizontes de su patria.

Toda esta multiplicidad enciclopédica y algo paradójica de facultades, nos evoca una de aquellas grandes figuras del Renacimiento que loó Maquiavelo y eternizó el divino Leonardo, personalidades poliformes que con su habilidad, sus talentos, y su perseverancia, supieron sostener y aún acrecentar el esplendor y la independencia de los pequeños estados de Italia contra las rapacidades insaciabiles de las grandes potencias europeas; y que, en los ratos de ociosidad, entre las notas capciosas de un tratado, o entre las numéricas paráfrasis de un empréstito, cincelaban en honor de Victoria Colonna, la clásica apoteosis de un soneto; bruñían el pomo afiligranado de un puñal con la elegancia suprema de Benvenuto; comentaban con la autoridad de los Santos Padres las graves y sesudas deliberaciones del Concilio de Trento; rociaban, con el Chianti más espumoso de su ingenio la picante escabrosidad de los Decamerones, en las áticas veladas del Cardenal Bembo, investigaban el origen divino de alguna mutilada escultura desenterrada por algún arado en las tierras apolíneas de las islas del mar Jónico, entre los escombros de Teormina o al pie de los laureles y los olivos de la Toscana; y aun tenían vagar suficiente para pulsar el romanticismo de una mandolina, bajo las celosías recatadas de los miradores de mármol, o de atravesar de una estocada maestra el corazón de algún rival, junto al balcón encantado de la alondra, del ruiñeñor, del granado y del beso, en alguna maravillosa y lunática Verona de Ensueño...

AYUT. ALMERIA

F. J. J. J. J. J.

Donacion. N. J. J. J. J.

1315

AYUT.^o ALMERIA
F. VILLAESPRESA
Donación: A. MORENO

Mejico
Los paisajes

Entre todas las nacionalidades desprendidas del glorioso tronco ibero, Mejico es incuestionablemente, una de las que mejor representa y sintetiza los múltiples y acerbos caracteres de la raza, no solo por meros motivos geográficos y estadísticos, sino también por razones esenciales de acumulación y disciplina cultural, y de aquellos sentimientos irreductibles de patriotismo exaltado, de magnificencia aventurera y de idealismos quijotescos, que han sido, son y serán, las mas bellas y bizarras plumas del heroico penacho de nuestro yelmo. Nuestros vicios y nuestras virtudes arraigaron y se desarrollaron en las fértiles tierras del Anahuac, con la misma feracidad paradisiaca y el mismo impetu desbordante y prolífico con que aun hoy perduran en la entraña mater de la gloriosa Península, que ha sido en todos los tiempos y en todos los momentos de la historia, la gran reserva de energía, de tesón y de perseverancia de la vieja Europa y que aun

hoy mismo, a pesar de su aparente amodorramiento y de su pasividad exterior, continua siendo el granero espiritual del mundo y el acumulador de fuerzas psíquicas más poderoso que han conocido los siglos.

Con razón la clarividencia de los conquistadores, de aquellos inmortales poetas de la acción y de la fuerza, bautizó estas tierras pródigas del metal más duro y rico y del laurel más fresco y perenne, con el nombre augural de Nueva España, como predestinándolas a realizar en la inmensa y caótica conglomeración del Continente de América, aquellos épicos e imponderables milagros de tenacidad y de dominio con que nuestros abuelos fatigaron a la gloria en las legendarias regiones del Viejo Mundo. Hasta geográficamente parece existir una misteriosa razón de continuidad entre los dos pueblos. ¿No os recuerda la gran mesa central de Méjico, con su austeridad fecunda de rica hembra orgullosa, con su aire seco, claro y puro, y lo sobrio y casi místico de su atavío vegetal, eran gran llama castellana, parda y grave, como una estameña monacal, que sirvió de escenario al férreo galope de las heroicas mesnadas del Cid, a las locas aventuras del muy noble y valeroso señor Don Alonso Quijano el Bueno, y a los éxtasis llameantes en que se consumió inquisitorialmente la carne y espíritu de Santa Teresa de Jesús?...

¿Acaso las costas mejicanas, lo mismo las del mar de Balboa que las del Golfo, no tienen esa muelle dulzura mediterránea, glorificada de sol, reverberante de azul y de oro, tan propensa al ardor espejante de la aventura y a la voluptuosidad lírica de la contemplación, que espiritualiza la lujuria pagana de las playas levantinas y meridionales de España?...

Las salvajes asperezas de la tierra Madre, con sus valles húmedos

y nebulosos, con sus matices de terciopelo, y la sinfonía de sus pinares y sus arroyos, ¿no os evoca la poética dulcedumbre de Galicia, de Asturias y de Vasconia, y el alma fuerte y activa, ensoñadora y raudosa de la España nórdica, que en los penserosos crepúsculos campesinos, danza alboradas célticas al son de los tamboriles, bajo los castaños patriarcales; aulla de amor en los ulubrantes sollozos de la gaita, como un lobezo en celo, y, entre los robles forales, hace sonar todavía, para estremecer de espanto a los osos en sus cavernas, el cuerno epopéyico de Rolando?...

En estas tierras de leyendas doradas y de sonoros himnos épicos, nadie que haya nacido en España podrá sentirse extranjero, porque siempre hallará un rinconcito, un paisaje, que conserven y prolonguen en su alma las visiones de los rincones y de los paisajes familiares y nativos. Y, quizás, al doblar una senda, al descender a un valle o al trepar a una montaña, creará contemplar, espejando entre la plata de un remanso, o escondida entre las ramas de un árbol, la remota y añorada casita de sus amores o de sus penas, donde nació, y donde desde hace tiempo, sondeando el horizonte con la mirada, le esperan sus viejecitos, blancos ya por el polvo de tantos años de ausencia.

Y todo, tierra y cielo, gentes y cosas, nos hablan constantemente del alma de nuestra raza, que perdura en las costumbres y en los edificios, en los usos y en las fiestas, en los ritmos de sus poetas y en los ojos de sus mujeres, en el trazado de sus ciudades, y en la música voluptuosa y misteriosamente dolorida de sus canciones populares.

29

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA

1317

México

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAEZPESA
Donación: A. MORENO

La Plaza

Mientras en algunas de las otras Repúblicas hispanoamericanas, por necesidades perentorias y vitales de expansión industrial y comercial, un estro espíritu tiende a disgregarse, a desaparecer en la esterilidad de lo lúbrido, deprimido y anulado por la presión de las constantes emigraciones de otras razas mas acomodaticias dejando solo unas gotas de heroismo en las venas y una estrellita de ensueño en el fondo de las pupilas, en México, por el contrario, se concentra, se selecciona, intensificándose con el cruce de la raza aborígen que, a pesar de la gangrena otomí y del embrutecimiento criminal en que se le ha tenido hasta ahora, continúa siendo la más apta y capacitada de América, como signada por la Providencia, para cumplir en la inmensidad de los tiempos, los más altos y soberbios destinos.

De la leyenda homérica de Cortés, impertivo dominador y aventurero, en el más noble y augusto sentido de las palabras, como un her-

31

vé de la Iliada, y de Cuacthemoc, imperturbable, valeroso y tenaz como un semidios de la Odisea, pueden surgir las nuevas fuerzas y los nuevos heroísmos, destinados por la Naturaleza a perpetuar las glorias inmarcesibles de la estirpe en las contingencias del futuro, así como de la fusión de la indómita sangre ibera y la briosa arrogancia latina, hecha de serenidad, de valor y de fortaleza, con la llameante sangre árabe, toda ardor, gentileza y espiritualidad, surgieron los deslumbramientos triunfales de nuestras glorias pasadas.

Acero de Castilla inquebrantable y firme y oro azteca rico y sonoro, fundidos en el crisol de los siglos, para dar el más resistente y fabuloso damasquinado, como no lo forjó jamás, en sus matrices de fuego y sobre los yunques de diamantes de sus fraguas inmortales, Toledo, la Imperial!

En el escudo de México, al lado del águila, la serpiente y el nonal de los aborígenes, no debían olvidarse los leones, los castillos y las granadas de los Conquistadores, pues este olvido equivale a renegar de lo más precioso y noble de la propia sangre, y a proseguir alimentando una leyenda monstruosa de agravios y rencores, que en los tiempos presentes no tiene más objeto que desviar al pueblo de su verdadero camino, imposibilitando la fusión sincera y estrecha, el desposorio inmortal, para la vida y para la muerte, de los dos vigorosos elementos étnicos.

Leyenda odiosa y deprimente para todos, que aunque parezca anómalo y suicida, ha sido sostenida, avivada y difundida, mas que por los descendientes de las razas indígenas, por los herederos directos y puros de la generosa sangre española.

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPESA

1885.03.4 MORENO

Querer dar a las guerras de la Independencia de América carácter internacional, es cerrar absurdamente los ojos a la verdad de la Historia. Dichas guerras fueron, y así lo reconocieron sus propios caudillos, desde Hidalgo y Bolívar, hasta Iturbide y Martí, meras contiendas civiles, como las que desgarraron el propio seno de la Península entre absolutistas y constitucionales y mas tarde entre liberales y carlistas. Todas las grandes figuras de estos creadores de pueblos, se enorgullecían de llevar en sus venas la heroica savia de los Corteses, Pizarros y Balboas.

Sin los malos gobiernos que padeció España en los dos últimos siglos, esta Independencia no se hubiese consumado tan prematuramente, ni ese rencor insólito existiría, rencor, que, aprovechándose de la apatía española, hija del cansancio natural de once siglos de proezas inconcebibles, fueron habilidosamente sembrando en el ánimo de los hispanoamericanos la envidia y el interés rastrero de otros pueblos ansiosos de arrojarse sobre nuestros despojos, con la misma ferocidad caníbal con que sus piratas y bucaneros, se arrojaban sobre nuestras ciudades indefensas.

Mas afortunadamente ese recelo criminal, ese odio matricida, se va ya extinguiendo, para dar paso a otro recelo, a otro odio más justo; y el amor a España late mas fuertemente en todos los corazones, quizás como un remordimiento de las pasadas injusticias; y, es noble confesar que todos los gobiernos mexicanos, especialmente el del señor Carranza, han puesto de su parte todo lo posible en avivar esta unión fraterna, que ha de ser en el porvenir, el engarce de oro de dos mundos.

AVUT. ALMERIA

F. VILLASPIESA

Consejo: A. MORENO

33

Un continuo intercambio intelectual, industrial y comercial, un estudio serio y detenido de las condiciones actuales de ambos pueblos, y abrir las puertas de México, a la laboriosidad de la emigración española, harán el resto.

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

Homages to Mexico
La Revolución Mexicana
Luis Cabrera
El artista y el artista
mexicano

131

AYUT. ALMER. 2
F. VILLANES PESA
Donación: A. MORENO

II

Conocí a Luis Cabrera en un almuerzo presidencial, en uno de los más bellos salones de ese fabuloso palacio de heroísmo, de amor y de gentileza, que corona arrogantemente, como un penacho imperial azteca, la frente morena y el encanto fértil y húmedo, luminoso y fragante, del bosque milunanochesco de Chapultepec; bosque y palacio que están reclamando aún al poeta representativo, que sinfonice, en una tragedia de mármol y de bronce, de gloria y de muerte, las miríadas de leyendas que encantan con el misterio cristalino de sus voces de oro el recogimiento de aquellos jardines, únicos en el mundo, entre cuyos frondosos ahuehuetes aún vagan, desgredadas y sangrientas, como reclamando venganza, las sombras épicas de los Niños Mártires, y por cuyas largas avenidas meditativas se deslizan aún, el fantasma egregio de Maximiliano de Austria, signada la frente por la maldición de los modernos Atridas, y los espectros galoneados y severos—pelucas empolvadas, bordados casacones, chupas de encajes, áureos espadines, miniaturas y afiligranadas cajitas de rapé de los últimos Virreyes...

Me lo presentó el señor Carranza; y, después de un suntuoso y cordial banquete, en la intimidad dorada y azul de la tarde, bajo el sortilegio de paz y de seda de un cielo estival, con versamos largamente, en las amplias terrazas del Castillo, que desbordantes de plantas y de flores evocan el hechizo etéreo y fragante, casi irreal, de los pensiles babilónicos. Yo ya había oído hablar de sus talentos políticos y de su elocuencia flexible y fuerte, como una hoja toledana, puesta a prueba recientemente en una célebre y peligrosa polémica, en la Cámara de Diputados, con ese griego del siglo de Pericles que para orgullo de México se llamó Chucho Urue-

ta; temerario match de esgrima, sin botón y sin guantes, sin peto y sin careta, donde a pesar de la corrección caballeresca y la pericia hiperbólica de los dos adversarios, algunos golpes y algunas paradas hicieron correr la sangre....

También acababa de deleitar mi espíritu con la lectura de aquellos relampagueantes artículos de controversia política, con los cuales, bajo el pseudónimo de "Blas Urrea", engalanaba casi diariamente las prestigiosas columnas del "Universal"; artículos de una finura y una elegancia de forma, tan sólo comparables a la robustez sanguínea y agresiva del fondo... Diríanse zarpas aceradas de león o de tigre, escondidas entre los más suaves, ricos y brillantes terciopelos del estilo.

Además,—¿por qué negarlo?—habían zumbado tercamente en mis oídos las frases equívocas y las censuras ambiguas, con las cuales muchos de sus propios amigos comentaban, a "sotto voce", su labor de hacendista... Y, confieso ingenuamente, que este odio sordo y reconcentrado, y esta malquerencia hipócrita y corrosiva, envolvieron, dentro de mi alma,—que tan bien conoce el rechinar de dientes de la impotencia y los arañazos gatunos de la envidia—con un nuevo prestigio su figura, despertando de antemano todas mis simpatías.

Fué una tarde inolvidable, de gratas sorpresas. Buscaba el alma hermética y fría del político, y me encontré con el espíritu abierto y cálido de un artista, que en lugar de hondos y complicados problemas sociológicos y minuciosas y enrevesadas relaciones estadísticas, desarrollaba, ante mi atención cautivada, los más justos y nobles comentarios ideológicos, y las más bizarras y nuevas teorías estéticas.

Me habló de España, de sus poetas y de sus pintores, de sus músicos y de sus escultores, del maravilloso renacimiento de la Poesía, de la Música y de las Artes Plásticas españolas, paralelo a la evolución de la Agricultura, la Industria y el Comercio...

Zuloaga, Valle-Inclán, Benavente, Galdós, Granados, Albeniz, Romero de Torres, Benlliure, Sorolla, Gener, Baroja, Alomar, Unamuno, Bilbao, Isaac Muñoz; todas las figuras representativas de España, desfilaron triunfalmente, ante mis ojos, entre los más suntuosos cortejos de entusiastas apreciaciones. Y, luego, toda la soberana poesía de la piedra y del mármol; catedrales portentosas, como las

de León, Burgos y Toledo, donde el gótico estiliza en la fragilidad de sus agujas, en la esbeltez temeraria de sus torres. en la frondosidad absorbente de sus arcadas, en el inverosímil equilibrio de sus bóvedas, en la amplitud majestuosa de sus naves, en la fauna y en la flora tejidas como encaje de pesadillas en los frisos y en los detalles ornamentales; en todo ese mundo infinito de arcángeles y potestades, de vírgenes y de mártires, de apóstoles y de santas, de guerreros y de reyes, esculpidos en las fachadas y en los milagrosos bajorelives de los altares, donde el gótico estiliza, repito, todas las quimeras llameantes, todos los sueños larvados, las ansias reconcentradas y los vuelos vertiginosos, del alma mística, calenturienta y fanática, ascética y turbulenta, del catolicismo español, de esa religión de fuego, de humo y de ceniza, bajo cuya advocación se dominó el mundo, se descubrió un continente y se realizaron las más inconcebibles epopeyas de la fé y del heroísmo... Hoguera inmortal, entre cuyos residuos flamean todavía los espíritus devoradores y fecundos de Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz...

Y en medio de esta calidez asfixiante de desierto, de esta flama voraz y amodorrante de polvaredas de oro y de púrpura, de esta alucinación febril y desorbitada, el oasis de paz, de frescura y de voluptuosidad, de claros y armoniosos rumores de agua, de fragancias de jazmines y de nardos, de músicas de guzlas y de ruiseñores, del arte arábigo, con sus alhambras de pedrería, con sus aljamas de palmeras de pórvido y sus generalifes de encajes; con sus patios de reposo, sus mirabhs de recogimiento, sus alhamíes de amor y sus miradores de ensueño, donde como en las viejas leyendas persas, parece que aún vagan encantados todos los genios de la felicidad y todas las huríes del Paraíso.

Las palabras de Cabrera adquieren, en la exaltación, tonalidades fugitivas de iris, esmaltaciones inauditas, finuras y coloraciones de pincel veneciano.

Hombre de faz borrosa, como si quisiera recatar sus impresiones en la rigidez fría de su máscara sanguínea, se transfigura cuando la emoción lo conmueve, adquiriendo perfiles imperiosos de medalla, relieves precisos, acentuándose la firmeza dominadora del mentón y espiritualizándose la comba pálida y reflexiva de la frente.

Sus ojos miopes se agrandan, al dilatarse en vivos relampagueos solares, bajo el espejear de sus lentes; y los labios paladean golosamente sus propias palabras, saboreándolas con voluptuosidad, como si fueran un vino añejo reconfortante y azucarado....

Deriva la conversación, con esa versatilidad tan espontánea y fácil de los políticos y de los jurisconsultos, hacia las industrias artísticas de España. Encomia la orfebrería madrileña, los repujados y filigranas de Córdoba; los mosaicos y los azulejos de Cataluña, Valencia y Sevilla; las cerámicas de Fajalauza, la Cartuja, Maneses y Talavera; los arcaicos poemas de sutileza y de armonía, verdaderos alicatados de aire y de luz que compiten con los muros policromos de la Alhambra, que tejen suaves manos femeninas, en el recogimiento castellano, austero y grave, casi místico, de los viejos zaguanes de Almagro...

Y todo lo va engarzando, en imágenes precisas, en adjetivos emocionales, mientras la tarde estival deshoja sus rosas de fuego sobre las rosas pálidas de los jardines, sobre el verde y suave único del paradisíaco Valle de México, sobre el violeta remoto y humeante de los volcanes....

Y la visión fantasmagórica de la Ciudad lejana, rebrerverante de sol en los azulejos y en las cúpulas de sus mil torres, con sus canales espejeantes, sus arboledas, y sus palacios dorados de leyendas, estremece mi corazón con el recuerdo de Granada, la eterna ciudad de mis adoraciones, contemplada desde la Torre de la Vela o desde el encantamiento florido de los miradores del Generalife...

AYUNT.º ALMERIA

E. VILLAESPIESA

Donación: A. MORENO

1 Ombre de México
a Revolución Mexi
ana
AYUT.º ALMERIA 1321
F. VILLAESPE
Dondequiera que
Luis Cabrera Geo-
grafía y Etnografía

III

Yo siempre he creído que para estudiar un carácter o analizar una personalidad, no basta el estudio detenido y correlativo de sus más interesantes datos biográficos, bibliográficos, psicológicos, y aún antropológicos, sino que hay que investigar, antes que nada, su etnografía y su geografía, pues el hombre es siempre hijo de la sangre que le anima y de la tierra en que nace, siendo estos dos factores los que más eficazmente contribuyen en el desarrollo y en las tendencias de toda obra humana; y si así no fuera podrían suprimirse las razas y los climas, por lo menos en el sentido ideológico, para encerrar la Historia, la Ciencia, la Literatura y las Artes, en los estrechos círculos de una unidad monótonamente desesperante.

La sangre le da a los hombres cualidades morales y la tierra condiciones físicas, formando y amasando con ambas cosas los temperamentos. Jamás la chatez mental de un mongol sentirá lo mismo que el alma harmónica de un latino, ni un cálido habitante del desierto podrá practicar, sin repugnancias de su misma naturaleza, la moral frígida y rígida de los pobladores de los hielos polares.

Los espíritus representativos son simplemente espejos donde se contemplan, desnudas, el alma de su tierra nativa y la imagen lejana de sus ancestros.

Luis Cabrera pertenece a la raza criolla, netamente europea, raza que al desarrollarse en los diferentes climas de México, se ha fortalecido diversamente, conservando siempre, co

mo lazo y distintivo común, su orgullo de casta y su imperativo de dominio, herencia de los épicos y altivos Conquistadores.

El ambiente en el cual se han ido desarrollando, ha despertado en lo más profundo de los criollos un sentimiento irreductible de libertad feudal, que les hizo ser, aun en contra de sus propios intereses, los verdaderos padres de la Independencia, en todos los países de América, acaso bajo el impulso inconsciente de crear se para ellos, los feudos que hasta entonces habían pertenecido al patrimonio de los Reyes de Castilla, y gobernar los pueblos en vez de ser gobernados por los Virreyes y los Capitanes Generales.

Es incuestionable, que desde el "Mississippi" hasta el estrecho de Magallanes, y desde el Atlántico hasta el mar de Balboa, la Independencia de América la hicieron los propios españoles, es decir, la raza española, muchas veces, como en México, y en la Gran Colombia, contra la voluntad de las razas aborígenes. Hidalgo, Miranda, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre e Iturbide, confirman plenamente esta gran verdad.

En Luis Cabrera ha dejado nuestra raza sus más poderosos elementos positivos: fogosidad mental, valor civil, altivez, consistencia, energía, actividad y perseverancia fanática, unidos a una riqueza tradicional de predisposiciones políticas, (don de mando) y de copiosos tesoros culturales (humanidades), que el estudio y el ambiente modernos han ido depurando, eliminando todos los anacronismos y haciendo asimilables todas las modificaciones que imponen el tiempo y las nuevas costumbres, hasta cristalizar en la alta personalidad de estadista que hoy encarna dentro de la revolución carrancista.

Geográficamente considerado es un montañés de clima frío; y, por lo tanto, ágil y fuerte, vigoroso y resistente, como un vasco, perteneciendo a esa especie humana que tiene la virtud de prolongar la juventud aún más allá de los límites extremos de la madurez.

Nació en lo más abrupto y fértil del Norte del Estado de Puebla, y se ha asimilado la robustez y la fertilidad de su tierra nativa.

Zaptentlan de las Manzanas, su patria, goza fama, en toda la República de procrear hijos capaces de desguajar un tigre y de embaucar con su ingenio, a la propia serpiente

bíblica. La Musa popular ha pintado de mano maestra la ¹³²²mundología y la gramática parda de los coterráneos de Cabrera:

Si Adán, por una manzana, pervirtió la especie humana, ¿qué no harán los zapotentlanos teniendo tantos manzanos?

Estudio humanidades, filosofía y jurisprudencia, dándose bien pronto a conocer en la Ciudad de los Palacios, como uno de los abogados jóvenes de más porvenir.

Durante la dictadura del general Porfirio Díaz, empezó a delinearse su personalidad, en la prensa opositorista.

Durante esta época escribió editoriales, donde cada frase era una campana tocando a somatén, estudios políticos y sociológicos en donde la serenidad reflexiva y austera de Maculey se equilibraba, en defensa de la justicia de una causa, con la fogosa audacia jacobina de Joao Chagas; emponzoñó con la sonriente amabilidad de un herbolario florentino, veloces sátiras, de esas que aún a flor de piel, levantan llagas incurables; y, si mal no recuerdo, aguzó también el lápiz, como si fuese la punta de una daga, lo mojó en ácido prúsico; y así, burla burlando, trazó chispeantes y sangrientas caricaturas, tendencia que aún perdura, a veces, en sus charlas amenas y punzantes, desconcertadoras de puro pintorescas y paradógicas.

En vano el gobierno porfirista tentó su ambición juvenil con los más halagadores espejismos, queriendo sumar a su favor aquella nueva fuerza iconoclasta y demoledora.

En vano también fulminó anatemas y amenazas.

Luis Cabrera permaneció encastillado en la fortaleza más inexpugnable de sus rebeldías, sordo a todos los halagos e insensible a todas las amenazas.

Esperaba al hombre providencial, al Mesías de la Libertad, que empuñando el látigo de la justicia arrojase del templo a los mercaderes, purificándole de tantas inmundicias y de tantas profanaciones; redentor y vindicador nacional que su clarividencia había adivinado ya, adelantándose en unos cuantos años a los contecimientos, en el perfil espartano de Don Venustiano Carranza, senador entonces por el Estado de Coahuila.

Pero una claridad auroral despuntó en las fronteras del Norte: la pura y blanca figura evangélica de Madero, encarnando en sus prédicas de illumi-

nado la viva y general protesta contra un régimen que durante treinta años con las pompas y el fausto exterior de las más ostentosas satrapías orientales había resucitado la miseria y la opresión interiores de las épocas más aciagas de la colonia.

Luis Cabrera fué uno de los primeros que henchido de entusiasmo y llamante de fervor, reclamó un puesto de honor en torno del Apóstol, abandonando, desde entonces, la tranquilidad confortable de su bufete de abogado y los rendimientos seguros de una de las mejores clientelas de la República, la paz de su hogar y el encanto sedativo y amable de sus aficiones literarias, para lanzarse a las contingencias y a las aventuras de la lucha armada, que habían de costarle, más tarde, entre otras graves desgracias, la pérdida de dos de sus hermanos villanamente asesinados en el asalto canibalesco de un tren. Y si el ingenuo optimismo del mártir de la Decena Trágica hubiese prestado oídos a las previsoras indicaciones de Luis Cabrera, quizás se hubiese ahorrado México tantos ríos de sangre y de lágrimas como ha vertido en diez años de las más encarnizadas contiendas fratricidas que enrojecen la Historia...

Este es el período juvenil, arrebatado y pródigo, como si se dispusiese de una juventud eterna; caballeresco y audaz, como si la vida no tuviese otra finalidad que la de saciar, hasta embriagarse, todos los instintos y todas las pasiones, desafiar quijotesca-mente al Destino, y jugar con la muerte, por un guante que se cae, por una mirada, por una sonrisa o por un gesto desdeñoso...

¡Bendita juventud!...

AYUTAJAYALCO
E. VILLALBA
Donación: A MORENO